



RED MUNICIPAL DE
BIBLIOTECAS DE MURCIA

CLUB DE LECTURA

BIBLIOTECA DE BENIAJÁN

9 de marzo de 2010

El corrector de Ricardo Menéndez Salmón

“ ... como cualquier ser humano, necesito de un conjunto más o menos abigarrado de creencias a las que sentirme atado como un bote a su pantalán. Hay quien se vincula a un dios con cara de viejo terrible; otros lo hacen al intangible murmullo del patrón oro; yo, a fecha de hoy, me refugio en el afecto de mi mujer y en ciertos libros. No miento. Para mí el paraíso incluye una biblioteca sin cercas de espino ni cepos visibles, un vientre de ballena donde algún azar bondadoso me ha arrojado para la eternidad...”

§§§§§§§§§§§§§§§§

Ricardo Menéndez Salmón

• Biografía y obra

De Wikipedia, la enciclopedia libre

Ricardo Menéndez Salmón ([Gijón](#), [1971](#)) es un escritor [español](#).

Trayectoria literaria

Licenciado en [Filosofía](#) por la [Universidad de Oviedo](#), desde noviembre de 2005 hasta junio de 2009 mantuvo una columna semanal, «La Clepsidra», en el diario *El Comercio*, y entre abril de 2007 y diciembre de 2008 ejerció la crítica literaria en el suplemento cultural de *ABC*. En la actualidad colabora en las revistas *Tiempo*, *El Mercurio* y *Quimera*, en el diario *La Nueva España* y en *El Viajero*, suplemento de *El País*. Director literario de KRK Ediciones, ha sido coordinador de la revista *El Norte de los Libros* y publicado en revistas como *Avión de papel*, *Eventual*, *Lateral*, *Material de desecho*, *Paradigma*, *Parsifal* y *Reloj de arena*.

Ha recibido más de 40 premios literarios, entre los que destacan el de la Crítica de Asturias de Narrativa, que concede la Asociación de Escritores de Asturias, por el libro *Los caballos azules*, el [Juan Rufo](#) otorgado por [Radio Francia Internacional](#) y el Instituto de México en París por el relato «Los caballos azules», el Antonio Machado por «La grieta», el José Nogales por «Gritar», el Alfonso Martínez Mena por «La vida en llamas» y el Lena por «Los ancestros».

Su novela *La ofensa* (2007), considerada por *El Periódico de Cataluña*, por el diario *El Mundo* y por la revista *Qué Leer* uno de los 10 mejores libros de 2007, recibió el Premio Qwerty de [Barcelona Televisión](#) a la revelación del año y el Premio Librería Sintagma a la mejor novela de 2007, además de ser considerada por la revista *Quimera* como la mejor obra de narrativa publicada en 2007 y ser finalista del Premio Salambó y del Nacional de la Crítica. Por su parte, *Derrumbe* (2008) fue escogida por el diario *El País* como la mejor novela en español publicada en 2008 por un autor menor de cuarenta años, recibió el Premio de la Crítica de Asturias a la mejor novela publicada en ese año y también resultó finalista del Nacional de la Crítica.

En 2009, Menéndez Salmón recibió el Premio de la Crítica de la Feria del Libro de Bilbao en reconocimiento a la trilogía compuesta por *La ofensa*, *Derrumbe* y *El corrector*.

Obra

Novela

- *La filosofía en invierno*, KRK Ediciones, Oviedo, 1999 (reeditada en 2007):
- *Panóptico*, KRK Ediciones, Oviedo, 2001.
- *Los arrebatados*, Ediciones Trea, Gijón, 2003.
- *La noche feroz*, KRK Ediciones, Oviedo, 2006.
- *La ofensa*, Seix Barral, Barcelona, 2007.
- *Derrumbe*, Seix Barral, Barcelona, 2008.
- *El corrector*, Seix Barral, Barcelona, 2009.

Relato

- *Los desposeídos*, Consejería de Cultura del Principado de Asturias, Premio Asturias Joven de Narrativa, Oviedo, 1997.
- *Los caballos azules*, epílogo de Juan Carlos Gea, Ediciones Trea, Gijón, 2005.
- *Gritar*, Lengua de Trapo, Madrid, 2007.
- *Los caballos azules*, Ediciones Alfabia, Barcelona, 2009.

Ensayo

- *Travesías del mal: Conrad, Celine, Bolaño*, Papeles del Aula Magna de la Universidad de Oviedo, Oviedo, 2007.
- *Consolación de la literatura*, Círculo Cultural de Valdediós, Oviedo, 2008.
- «Wallace Stegner: la vida es terrible y maravillosa», prólogo a *En lugar seguro*, de Wallace Stegner, Libros del Asteroide, Barcelona, 2008.
- «Cuatro deslumbramientos», prólogo a *Cuatro cuentos*, de Edgar Allan Poe, KRK Ediciones, Oviedo, 2009.
- «Conmemoración de la hez», prólogo a *Coches abandonados (Chevy blues)*, de Javier Maqua, KRK Ediciones, Oviedo, 2009.
- «El lugar de la epifanía», prólogo a *Mitologías de invierno. El emperador de Occidente*, de Pierre Michon, Ediciones Alfabia, Barcelona, 2009.

Poesía

- *La soledad del grumete*, Ayuntamiento de Oviedo, Oviedo, 1998.
- *Konstantino Kavafis vierte lágrimas arcádicas*, Cuadernos del Bandolero, Gijón, 2001.

Teatro

- *Las apologías de Sócrates*, Consejería de Cultura del Principado de Asturias, Premio Asturias Joven de Textos Teatrales, Oviedo, 1999.

• Crítica

El corrector / Ricardo Menéndez Salmón

Seix Barral, 2009. 144 páginas,

- (13/03/2009)
-

De los novelistas españoles que han empezado a tener proyección pública en el siglo XXI y gozan de mayor atención de la crítica Menéndez Salmón (Gijón, 1971) es el más importante porque ha demostrado contar con los saberes necesarios para componer una obra literaria duradera. Sus tres últimas novelas componen una trilogía del horror que aborda distintas formas del terror en nuestro tiempo. En *La ofensa* (2007) se utilizan episodios de la II Guerra Mundial como marco para trascenderlos en graves especulaciones sobre la condición humana. La madurez alcanzada por el autor quedó ratificada por *Derrumbre* (2008), en cuyas páginas el terror y lo monstruoso se apoderan de los habitantes de la ciudad

imaginaria de Promenadia. Y del horror leído en la historia pasada (*La ofensa*) e imaginado o presentado en un lugar cercano (Derrumbe) pasamos ahora en *El corrector* al horror vivido en la realidad por el atentado terrorista perpetrado en Madrid el 11 de marzo de 2004.

Las tres novelas permiten establecer las características fundamentales del arte narrativo de Menéndez Salmón, cuya poética se afirma en el compromiso del creador con la literatura y con el lenguaje como instrumento para poner orden en el caos que nos rodea. Para ello el autor maneja con inteligencia el fragmentarismo, la elipsis y la dosificación del silencio, también el símbolo, la comparación y la metáfora, como recursos adecuados para potenciar el arte de sugerir, en microcosmos dotados de fuerte capacidad simbólica y representados por medio de una prosa elaborada, de gran precisión y propiedad léxica, y con diálogos ágiles, de suma eficacia expresiva.

Estos rasgos continúan presentes en *El corrector*, novela que nace de la historia y de la literatura a la vez. Porque arranca con la noticia del salvaje atentado terrorista en Atocha, cuando, en la mañana de ese día, el narrador y protagonista corrige las pruebas de una traducción de *Los demonios*, de Dostoievski. El horror producido por las bombas en Madrid y la manipulación del lenguaje como instrumento que “crea y modifica la realidad” al servicio del poder despiertan en el narrador la necesidad de enfrentarse a aquella trágica realidad y darle una forma de representación. ésta es la “crónica” que, un año más tarde, se pone a escribir en su ciudad norteña.

La riqueza de significado de esta novela se manifiesta en muchos aspectos de su contenido. Empieza por su valentía en el tratamiento crítico de una dolorosa realidad muy cercana; pasa por su profunda reflexión sobre el horror, la violencia y el miedo que azotan nuestro presente, encarando con decisión la manipulación y el engaño de quienes están encumbrados en el poder; llega a la autocrítica de su texto en páginas de metaficción referidas a algunos personajes y a las primeras novelas del narrador; se acrecienta con oportunas digresiones sobre distintos temas relacionados con la historia narrada, como la vida y la muerte, la función de la literatura, además de múltiples referencias y alusiones a literatos y obras leídos, desde Platón y la tragedia griega hasta DeLillo y Coetzee; y culmina con un canto a la salvación por el amor, como sabia lección aprendida tras tanto dolor y vacío interior.

Ángel BASANTA

• Crítica

“El corrector”

Autor: Ricardo Menéndez Salmón

Editorial: Seix Barral

146 páginas.

Argumento

El 11 de marzo de 2004, mientras revisa una traducción de *Los demonios* de Dostoievski, el corrector Vladimir es advertido de que se ha cometido un atentado en Atocha. En las horas siguientes, mientras conoce el alcance de la masacre y se enfrenta a la desinformación gubernamental, desgrana junto a su mujer, su editor y un amigo, en vivo y por escrito, por qué aún tiene sentido la poesía después de cada pequeño Auschwitz.

Aunque lo parezca y casi lo haga, esta novela concéntrica no trata de averiguar qué infiernos latían en el alma de los terroristas que perpetraron el 11-M, ni qué diablos alentaban las mentiras de quienes manipularon la masacre, ni qué mefistofélicos impulsos nos llevan a eludir el horror con la coraza de la indiferencia. Como Dostoievski en *Los demonios*, el autor de *La ofensa* y *Derrumbe* ha decidido cerrar su depurada trilogía sobre el mal indagando en el pozo sin fondo del terror real, sintiendo el dolor de las heridas de la historia en una crónica íntima de sesgos redentores. Volvemos al problema del mal, sí, el gran tema de Menéndez Salmón: el corazón de las tinieblas, el viaje al fin de la noche, el mundo como temblor, ahora bajo los auspicios de Bernhard, que matizan el discurso hasta tiznar de agujeros negros su esperanza. Primero fue la ofensa, la afrenta, la semilla del mal. Después, el derrumbe, la amenaza, la asunción de que el terror es la maldición del hombre. Parecía llegar, pues, la hora de la revisión, del mítico renacer de las cenizas; de ahí las erratas en primera persona, de ahí la necesidad de enterrar a los muertos en el eterno abrazo de una mujer: la vida como texto, el ser como estilo, la memoria como hermenéutica y la necesidad constante de corregir, de reescribir la existencia como si el amor, ya que no la literatura, pudiera vencer a la muerte. Quizá Menéndez Salmón no haya escrito su mejor título, pero cierra su trilogía con tal talento, hondura y capacidad de riesgo que ningún autor de menos de 40 años puede hoy comparársele. Corrijanse, si no lo han leído. Volverán a hacerlo sin descanso al acabar.

Por Ricard Ruiz

En: www.que-leer.com

• Crítica

Un escritor pide la palabra

Gregorio Morán

Me enteré que existía un escritor llamado

Ricardo Menéndez Salmón como pasan esas cosas de la casualidad premeditada; porque un amigo me regaló un libro con un título imposible de puro temerario, *La filosofía en invierno*, que para mayor provocación no iba de ensayo a la moda sobre la autoayuda y la conveniencia de imitar a Spinoza puliendo lentes, cosa considerada muy útil hoy día para la relajación y la autoestima, sino que se trataba de un relato precioso, brillante hasta la osadía. Un autor que conjugaba la narración con el dominio de la lengua y un estilo seguro, incluso arrogante, de quien pisa fuerte en el camino que se ha trazado por más que sufra la erosión cotidiana de la mediocridad y de su secreto. El secreto de la mediocridad se reduce a la adaptación al medio, es decir, aquello que consiente la perduración de especies comunes y la eliminación de animales raros. Y la literatura se hace de insólitos; por lo menos así fue hasta ahora. Es verdad que el canon de comportamiento lo marcó Camilo

José Cela y su celeberrimo "en España el que resiste, gana", pero quizá haya algún individuo singular, este Menéndez Salmón por ejemplo, que ha llegado a escribir en uno de sus libros una idea difícil de aceptar una vez cumplidos los cincuenta: "De los delitos que por negligencia, carácter u omisión puede cometer un hombre, existe uno imperdonable: no luchar hasta la muerte por ver cumplido su sueño". Menéndez Salmón cumplirá en un par de semanas 36 años, se entiende. Lo sé por la solapa de uno de sus libros, porque a él personalmente no le conozco hasta la fecha de nada; ni es amigo, ni socio, ni compartimos cursillos, ni tiene oportunidad de hacerme una crítica al uso, es decir, si yo pongo bien un libro suyo su obligación de compadre del gremio intelectual sería corresponder alzándome por las nubes a la primera oportunidad, y por si faltara poco para el chiste paleta, él es de Gijón y yo de Oviedo. Quien me hizo leer *La filosofía en invierno* me

aseguró que no se trataba de su mejor libro, y así me recomendó *Los jinetes azules* (Trea. 2006), una colección de nueve narraciones, de las que una, la que da título al volumen, obtuvo un premio que se otorga en París a relatos breves en castellano, el Juan Rulfo. A partir de aquí me interesé por toda la obra de Menéndez Salmón y descubrí no sin sorpresa que se trataba de uno de esos individuos que se plantean la literatura como oficio por dos razones fundamentales que no se dan tan a menudo como cree la gente. La primera conocer el artificio de la literatura y la segunda, no por obvia menos practicada, porque lo domina. Bastaría citar textos tan sorprendentemente maduros como *Panóptico* y *La noche feroz*, ambos editados por KRK, una de esas editoriales que llaman *locales*, que apenas logran posarse en las librerías y menos aún alcanzar la atención de los críticos capitalinos, pero que constituyen un gozo para el lector: buen papel, márgenes amplios, letra legible, sólida encuadernación y ¡sin ensalada de erratas! Durante algo más de diez años Menéndez Salmón ha ido publicando, a lo que parece a trancas y barrancas, en ocasiones amparándose en premios para mí tan divertidos como el del Casino de Mieres, media docena de textos en los que es obvia la influencia de muchas lecturas, de las cuales se jacta el autor y lo hace patente sin rubor alguno, porque el problema de los magisterios no está en reconocerlos sino en que merezcan la pena. No deja de tener su gracia que la mayor influencia de la generación que en España empieza a escribir a finales de los ochenta sea la de William Faulkner, y no tanto por intermediación de Juan Benet y sus sufrientes pupilos, sino directamente, impelidos quizá por el rechazo absoluto, ontológico, hacia la peor literatura que se hizo en España durante el pasado siglo, la que malhadadamente coincide con el período postfranquista y que está por estudiar, entre otras cosas porque buena parte de los protagonistas siguen vivos y coleando mucho, y sus reacciones viscerales serían de excepción. Me he ido por esos cerros de Úbeda para apuntar lo que a Menéndez Salmón y a un puñado de escritores que en muchos casos aún no han salido de su cocina les está ocurriendo en este recién estrenado siglo XXI. Una exigencia de calidad frente a un mundo editorial arrasado por la mediocridad y la horca caudina del éxito de ventas como principal categoría supuestamente literaria. Baste decir que los suplementos llamados, no sé si con ironía, *culturales* de los grandes medios de comunicación exhiben las listas de éxitos como único baremo ante sus lectores. O eso, o la industriosa invención de las *escuelas de escritores*, una fórmula legítima para que un puñado de plumas *con nombre* –dícese *con nombre* a quien publica en prensa o aparece en radios y televisiones– pueda ganarse el pan y el jamón con el sudor de su mente. En Madrid acaba de estrenarse una escuela de éstas donde se pregunta al alumno buen pagador, “¿Usted, como qué escritor quiere ser?” Un autoservicio literario *high class*. Amí los diez años de esfuerzo literario y editorial de Menéndez Salmón, al que yo, que vivo de esto, no conocía ni por el forro, me hace plantearme cómo es posible que un escritor de verdad pueda aparecer ante un público más amplio que el texto autoeditado o subvencionado con el premio de Rancatapinos de Abajo. Me estoy refiriendo a un escritor con ambiciones literarias, no al escritor–barcacoa, que es ese tipo que los fines de semana prepara unos textos cojonudos que luego presenta a una editorial que los pule, los rectifica, los peina, les pone mucha colonia y bastante laca, y salen a arrollar por los ansiados mercados del libro. Es decir, ¿además del milagro, qué otra fórmula se ofrece al escritor novel? La indecencia de los premios editoriales en España ronda el delito, por no decir que reiteradamente incurren en él, y podría citar un buen puñado. Un país donde las editoriales engañan a los lectores promoviendo sus libros a costa de autopremiarlos sólo es posible con unos críticos cómplices de la estafa y unos supuestos lectores sin ninguna tradición cultural. Yo conozco coleccionistas de premios que jamás han leído un libro entero. Desde que hace unos meses empecé a interesarme por la obra de Menéndez Salmón lo que más me sorprendía era la imposibilidad de escribir sobre alguien al que los lectores tienen difícil acceso, lo que convierte el artículo en una especie de pedantería para *gourmets* literarios,

un ejercicio de onanismo intelectual que a mí al menos me aburre soberanamente; una cultura que no se puede compartir, aunque sea por unos cuantos, es la quiebra del entusiasmo, y de éste aún conservo una cierta remesa, por más que, todo hay que decirlo, se haya quedado quizá algo rancia. La aparición de una novela de Menéndez Salmón hace apenas un mes y en una de esas editoriales que se asienta en los mostradores de las librerías me ha llenado de gozo por la aparición y de zozobra por el riesgo. Por eso he querido titular que un escritor *pide la palabra*, como quien dice ahí está un texto, una obra para leer y para mostrar lo que uno sabe hacer, y para que los lectores disfruten o se agrieten, que no a otra cosa aspira la invención literaria. ¿Quieren enterarse de en qué consiste saber escribir? Pues lean *La ofensa* (Seix Barral) de Ricardo Menéndez Salmón. No sólo me parece un relato excepcional en su profundidad de campo, eso que define a un escritor con oficio que domina, incluso con derroche de medios, los recursos de una literatura que no tiene nada que ver con nuestro estilo asilvestrado, o esa graciosería pretendidamente irónica que aseguran tiene gran éxito. Estamos ante una joya donde la prodigiosa capacidad descriptiva del autor aprovecha un caudal de imágenes nada comunes en nuestra literatura. Manejándose sobre un territorio donde otros escritores patinaron –no quisiera ser cruel pero me viene a la memoria cómo chirriaba la novela de Muñoz Molina, *Beltenebros*, muy especialmente cuando cambiaba de espacio geográfico y salía de España..., y no digamos la infumable inanidad del *Fortuny* de Gimferrer. El protagonista de *La ofensa*, ese Kurtz, homónimo por razones quizá tan biográficas como intelectuales con el de Conrad en *El corazón de las tinieblas*, es un personaje infrecuente en nuestra literatura, no por referirse a un alemán, ni a esa obsesión contradictoria de música y maldad pareadas, ni a la parábola que encierra esa historia brutal, sino por la manera de contar, el estilo arrogante de quien sabe lo que quiere narrar y le da a la literatura el valor que tiene, su fuerza. Una lectura que cabe interpretar como una irresistible aventura a la que asistimos acongojados y que contiene lo más insondable de todo escritor de fuste, la capacidad de sorprendernos. Cuando apareció su anterior libro de relatos, *Los caballos azules*, el más cualificado representante de la mediocridad y el oportunismo en la crítica española, Rafael Conte, escritor deleznable, terminaba su reseña de escribano con dos perlas que no puedo menos que citar para que nos hagamos una idea de con qué bueyes hay que arar. Una de ellas consistía en criticar al autor por “exceso de cultura” y la otra una promesa desvergonzada: “es de esperar un futuro muy estimable y prometedor”. Tipos capaces de desear algo tan imposible en lengua castellana como un “futuro muy estimable” han orientado a los lectores de este país desde los años sesenta. La crítica de literatura en España está en manos de impunes mediocridades y es obvio que no hay nada que más deteste un mediocre que el talento y nada que le encandile más que el compadreo. ¿Alguien se sorprende de que Menéndez Salmón hubiera de esperar diez años para poder publicar una novela en editoriales dedicadas por principio a publicar novelas? Un milagro, y que se prepare, porque nadie escribe un buen relato en vano. Eso se paga.

En: La Vanguardia. Sábado 3 de febrero 2007

• Entrevista

Ricardo Menéndez Salmón

□ Édgar Borges

El autor, considerado en España la revelación literaria de 2007, asegura que Occidente es muy cuidadoso con la contabilidad de sus muertos (no pesan lo mismo los cadáveres de Oriente Medio que los de Europa). Y advierte sobre la devoción por las culturas del simulacro; pero también recuerda que siempre habrá espacio para la resistencia. Y, convencido del poder transformador de la literatura, en 2009 presenta su nueva novela, *El corrector*.

Entrevistar a Ricardo Menéndez Salmón (Gijón, España, 1971) es abrir el plástico de frivolidad que cubre el planeta para darle cabida a las ideas. Salmón combina la filosofía (es licenciado en filosofía por la Universidad de Oviedo) y la ficción para crear poderosas novelas que caen como misiles (cargados de palabras) sobre esta realidad engañosa que nos imponen a nivel mundial. En su obra encontramos libros muy recomendables como *Los caballos azules* (2005) o *Gritar* (2007); sin embargo, en este encuentro nos detenemos a revisar con el autor su trilogía novelística que, sobre el mal en nuestro tiempo, inició en 2007 con *La ofensa*, siguió en 2008 con *Derrumbe* y cierra en 2009 presentando *El corrector*.

E.B.: —*La ofensa*, *Derrumbe* y *El corrector*. *Tres novelas sobre el mal*. ¿Cuál es el mal de nuestro tiempo que dibujas en esas ficciones?

R.M.S.: —En *La ofensa*, la guerra, como espacio de privilegio donde los preceptos éticos y morales se derogan, quedan abolidos, suspensos, disueltos; en *Derrumbe*, los miedos contemporáneos, sobre todo ese miedo al miedo que se ha convertido en un excelente instrumento de control social y en un gran mecanismo de consumo; en *El corrector*, la mentira entendida como manipulación política y configuración de una *doxa* alternativa y destructora de la verdad que los hechos proponen. Estas tres encarnaciones del mal, en definitiva, generan actitudes que me resultan especialmente odiosas: la indiferencia ciudadana, la devoción por las culturas del simulacro o la falsa identificación entre discurso y realidad.

E.B.: —*Dice José Saramago que en este tiempo la bondad se ridiculiza y triunfa la delincuencia*. ¿Tiene espacio la nobleza?

R.M.S.: —Nuestra meritocracia es muy perversa. Steiner denunciaba hace poco, desde lo que él llama su anarquismo platónico, que la excelencia está en franco retroceso, porque en nombre de un discurso democrático, muy loable sobre el papel, se iguala “por debajo”. Desde ese punto de vista, una nobleza creativa no está en entredicho, porque siempre habrá espacio para la resistencia, una escritura o una música para minorías (recuerdo lo que Goethe le decía a Eckermann al respecto: “¿Cómo pretenden que yo sea popular?”), pero con muy poca trascendencia a la hora de generar un papel emancipatorio, que al fin y al cabo es el que creo debe poseer un arte consciente. El problema, por descontado, se agrava cuando este estado de cosas se traslada del mundo de la cultura al mundo de la política o al de los valores. Parece que propósitos nobles sólo se pudieran promover o ejecutar a nivel personal. Quizá un Estado noble constituya, en realidad, una paradoja en los términos. Como ex docente he experimentado esto en carne propia, al advertir la absurda y vana pelea por transmitir a mis alumnos unos valores que la propia sociedad inmediatamente se encarga de destruir. ¿Cómo educar en el respeto a la identidad sexual cuando luego la televisión, por ejemplo, genera ídolos homófobos, o cuando el Estado es incapaz de protegernos de los desmanes de una Iglesia para la que la Ilustración y el

darwinismo parecen no haber existido?

E.B.: —*El miedo siempre ha sido el principal recurso de sometimiento que ha usado el poder, ¿cuál es la utilización del miedo que pone en práctica el poder global actual?*

R.M.S.: —Aunque sea un lugar común, es obvio que el mundo ha cambiado mucho desde los atentados de septiembre del 2001. Desde entonces vivimos bajo la constelación de la sospecha, en una suerte de inminencia apocalíptica. Parece que siempre está a punto de suceder algo terrible: demolición del *statu quo*, ataque a nuestras libertades, quiebra de los modelos económicos. Esta capacidad de insuflar miedo en las sociedades es tremendamente dañina, porque el miedo no genera responsabilidad o altruismo, sino más miedo, más dependencia de nuestros supuestos defensores. Al final, el círculo vicioso se establece de forma irremediable: necesitamos ser protegidos por quienes fundan su razón de ser en un supuesto catálogo de terrores. Y aunque Juvenal en su sátira se refería a los eunucos que atendían el serrallo, lo cierto es que su verso, ese famoso “Quién vigila a los vigilantes”, es una de las preguntas que toda persona responsable debería hacerse.

E.B.: —*Cuando hacemos uso de las nuevas tecnologías, ¿estamos ingresando a la más sofisticada base de datos mundial?*

R.M.S.: —No sé si a la más sofisticada, pero sí desde luego a la más provechosa y, al mismo tiempo, a la más inquietante. Como todas las herramientas de comunicación, el capital de luces y sombras que generan las nuevas tecnologías es asombroso. Aunque lo que más me fascina es la velocidad que este cambio ha alcanzado. En el término de una generación, uno puede convertirse en un analfabeto funcional de la cultura que ha pergeñado esa nueva tecnología.

E.B.: —*Cuando formamos parte de todas las vías de comunicación que surgen en la web, ¿nos estamos comunicando o jugamos a que nos comunicamos?*

R.M.S.: —En mis libros he denunciado la tentación de la copia de la que tanto habló Baudrillard y que ya se prefigura en un pensador de la talla de Walter Benjamin. Suplantar la comunicación al uso, el interfaz visual, llamémoslo así, por un mundo donde, en ocasiones, uno puede jugar a ser quien quiera, no tiene por qué resultar nocivo por definición. El problema surge cuando creemos que la verdadera realidad no es la que conforman las personas de carne y hueso que nos rodean, sino esos escenarios que transcurren al otro lado de la pantalla. Second Life está bien, pero el riesgo de convertirse en esclavos platónicos es tan obvio que no merece la pena ser comentado. Hace poco leía en una novela de Doctorow que llegará un día en que no habrá un solo centímetro de la Tierra que no haya sido registrado por algún soporte electrónico. Eso, por desgracia, no significa que ese centímetro haya sido en realidad “visto”, degustado, entendido. Con nuestra pulsión comunicativa puede pasar algo parecido. En realidad, después de miles de correos con interlocutores invisibles, de pronto descubrimos que, a lo peor, hemos estado hablando de pintura con un ciego.

E.B.: —*¿El uso de la tecnología está desencadenando millones de islas? ¿Se está perdiendo el vínculo del individuo con el colectivo?*

R.M.S.: —En nuestro Primer Mundo el colectivo ha dejado de importar hace mucho tiempo. Es un lujo que nuestra ideología —el mercado— no se puede permitir, salvo de forma puntual, como cuando hay una catástrofe en Asia. Entonces sí, entonces somos solidarios y nos rascamos el bolsillo. Somos unos Tartufos redomados, muy sofisticados pero Tartufos al fin y al cabo.

Creo que, al menos en Europa, vivimos en una sociedad del hartazgo, de la náusea, de la sobreabundancia, y que ya somos incapaces, salvo a título individual, de pensar de otra manera. Me permito un ejemplo. En un reciente viaje a México pude constatar que la cultura, el acceso a los libros, constituye todavía para los mexicanos una herramienta útil para mejorar su calidad de vida, para intentar huir, mediante la educación, de unas condiciones de existencia no siempre fáciles. En España, sin embargo, la cultura es algo ornamental, una especie de traje que luce en ocasiones —como cuando Barceló pinta en Naciones Unidas, por ejemplo—, pero que en realidad nos importa muy poco.

E.B.: —*Mientras, ¿quién cuida nuestros intereses? ¿Quién cuida la calle?*

R.M.S.: —Hasta hace unos meses, creía que quienes cuidaban de nuestros intereses eran los bancos. Ahora resulta que los Estados, esos demonios usurpadores de la iniciativa, han tenido que acudir a su rescate y, de paso, al rescate de todos nosotros. Y la calle deberíamos cuidarla desde la escuela, pero España, en ese sentido, es un país dramático. Aquí hacemos pactos contra el terrorismo o para que nadie se pierda el Madrid-Barça, pero cada gobierno que llega al poder destruye los planes educativos levantados por el anterior y deslegitima, de paso, todo el sistema.

E.B.: —*¿La saturación de la información nos está acostumbrando a convivir con la tragedia?*

R.M.S.: —Sin duda. Aunque la tragedia es siempre relativa. Occidente es muy cuidadoso con la contabilidad de sus muertos. Miles de palestinos, decenas de miles de afganos, cientos de miles de iraquíes no pesan lo mismo que los muertos neoyorquinos, madrileños o londinenses. La muerte no es una cantidad homogénea para nuestras conciencias. Y no querría que se me acusara de demagogo. Es así. Nuestra experiencia de lectores de prensa o de espectadores de televisión nos lo confirma diariamente. La inmunidad ante la tragedia no sólo depende del capital de información, sino de la proximidad de la fuente. También de la reiteración. El drama de la inmigración por mar ya sólo causa rubor muy de vez en cuando, si las imágenes son demasiado dantescas; los asesinatos de mujeres, el feminicidio contumaz que vivimos año tras año, ha servido para promover un Ministerio de Igualdad, pero para poco más.

E.B.: —*¿Nos están fabricando una realidad virtual casi sin que nos demos cuenta?*

R.M.S.: —Entiendo que lo dicho hasta ahora nos obliga a aceptar esta evidencia, aunque acaso ese “no darse cuenta” esconda en realidad una asunción asumida con gusto.

E.B.: —*¿Necesitamos novelas que implosionen esta realidad virtual?*

R.M.S.: —Humildemente, siempre he creído en el poder, si no transformador, al menos sí consolador y, desde luego, crítico de la literatura. Estoy convencido de que los grandes novelistas que hay entre nosotros —un DeLillo, un Pamuk, un Coetzee— están empeñados, como lo estuvieron sus antepasados y lo estarán sus herederos, en no conformarse, en interrogarse sin descanso, en interpelar constantemente a la realidad que los rodea. Max Frisch lo explicó muy atinadamente al final de su vida, cuando dijo que la literatura quizá no cumpla ninguna función libertadora o práctica, pero que al menos sirve para poner en solfa todo aquello que quienes están conformes con la realidad desearían que permaneciera sin cuestionar. Al fin y al cabo, un gran libro es siempre una mala noticia para el poder.

En: www.lettralia.com

COMUNICADOS DE LA TORTUGA CELESTE

ANDRÉS IBÁÑEZ

MF dice

Morton Feldman says es un libro que recoge una amplia selección de entrevistas y conferencias concedidas y pronunciadas por el gran compositor americano entre 1964 y 1987. ¿Qué es lo más importante para un compositor? En la conferencia de Darmstadt de 1984, MF afirma: tener el bolígrafo adecuado y la silla adecuada. ¿Es esto una broma dadaísta o una respuesta seria? «Si yo hubiera tenido la silla adecuada, yo habría sido Mozart», dice MF.

EL JARDÍN DEL PARAÍSO. ¿Lo creemos? Yo afirmo que debemos hacerlo. Afirmo que debemos leer y escuchar a MF con la misma devoción con que leemos a Walter Benjamin o a Paul Valéry (y seguramente con mucho más provecho). La creación, pues, comienza con la silla, con la

DEBEMOS LEER Y ESCUCHAR A MORTON FELDMAN CON LA MISMA DEVOCIÓN CON QUE LEEMOS A WALTER BENJAMIN O A PAUL VALÉRY (Y SEGURAMENTE CON MUCHO MÁS PROVECHO)

postura. Con la silla correcta, con la postura correcta. Es la postura la que determina la obra que escribiremos.

Lo más importante, afirma MF, es la concentración con que uno escribe, no la organización de las alturas, no la actitud conceptual. Vemos en esto un guiño a la obsesión de Darmstadt por la técnica, la serial en este caso. Boulez afirma que no le interesa cómo suena una pieza, sino simplemente cómo está hecha. Pero la postura de MF es clara, orgullosamente americana y no europea.

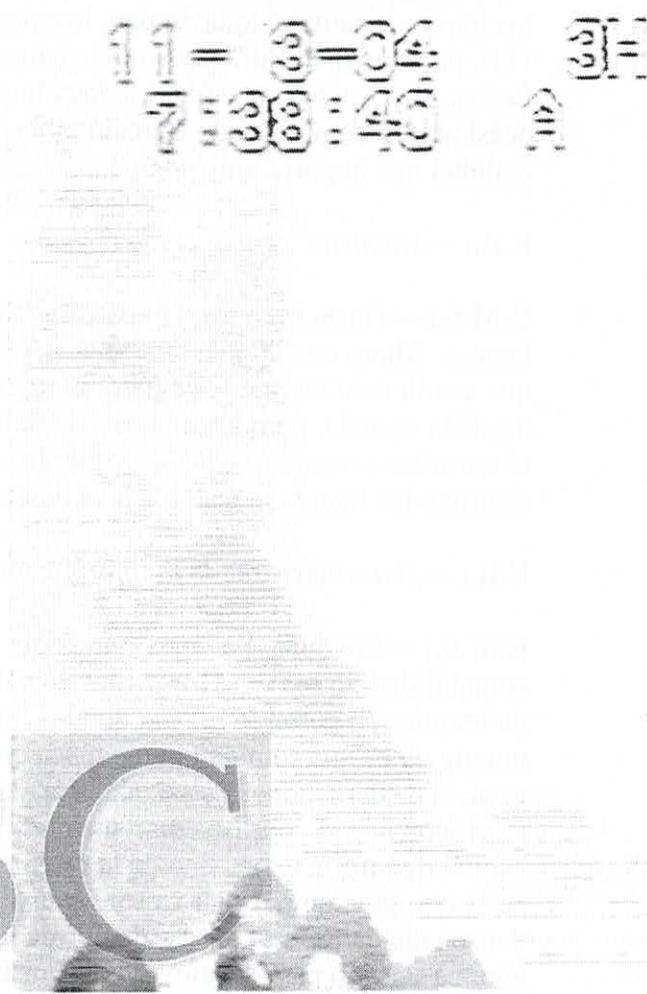
El problema de los europeos, explica MF, lo vemos en su relación con el Jardín del Paraíso. Él lo explica con el *Cándido* de Voltaire, con la forma en que Cándido va siendo expulsado una y otra vez de maravillosos jardines. «Los europeos cambian porque son expulsados del Paraíso», afirma MF. «Viene la peste, las revueltas, las culturas, y ellos tienen que escapar, de la tonalidad, de la atonalidad. Pero los americanos, en cierto sentido, se van del Paraíso. Creo que los americanos tienen la habilidad de irse mientras salir de allí todavía es algo bueno.» Porque en América no hay paraíso, pero hay espacio: «espacio cultural», dice MF, «espacio artístico». Los americanos no encuentran su identidad en la Historia y no tienen que pagar, por tanto, tributo a la Historia.

«Yo escucho mis sonidos y hago lo que ellos me dicen», afirma MF. Y un poco más abajo, «si los sonidos son libres, entonces las personas pueden ser libres también». Y hablando de la actitud militante del compositor, es decir, de eso que aquí llamaríamos el «compromiso» del artista con la sociedad, pronuncia estas maravillosas palabras: «Adoptar una actitud militante hacia la sociedad quiere decir estar comprometido con ese aspecto de la sociedad. Pero entonces no estás comprometido con la vida. Adoptar una actitud militante hacia la vida, eso es más misterioso. Eso le da a uno que pensar. Yo adopto una actitud militante hacia los sonidos. Siempre he querido que los sonidos fueran una metáfora, que fueran tan libres como un ser humano puede serlo. Pienso que el sonido debe poder respirar, que no debe ser utilizado por el interés de una idea. Siento que la música no debería responder a intereses secundarios, que uno no debería saber cómo está hecha, ni saber si hay un sistema, que no se debería saber nada... excepto que es una especie de fuerza vital que, verdaderamente, cambia tu vida...».

«Revolución contra la Historia? Claro. Pero contra la propia historia. «Muchas veces me pongo a mí mismo en el paredón y me fusilo», afirma MF. Y en otro lugar: «Yo no sé lo que es un compositor. Nunca lo he sabido». Y en otro lugar: «Yo no llamo a las cosas con nombres. Por ejemplo, si estoy repitiendo algo, no digo que estoy repitiendo algo. Intento no dar nombre a las cosas. Eso es muy, muy importante para mí».

GRUESAS COLUMNAS. Y, finalmente: «Es posible que lleguemos a una época en que las categorías de moderno o conservador ya no sirvan para caracterizar la música... Yo escucho la música de Bunita Marcus y, hasta cierto punto, no sé qué es lo que estoy oyendo. Lo que estoy oyendo es, simplemente, una voz muy personal...».

Yo podría extraer una poética de estas afirmaciones dispersas, que tienen, a pesar de todo, la solidez de gruesas columnas de piedra blanca. Una poética que comienza con la postura, que comienza con la atención, que no paga tributo a la Historia sino al espacio, al vasto espacio de lo posible, que se compromete con la vida y no con la sociedad, que busca la liberación total del ser humano, que no da nombre a las cosas y que, más allá de escuelas y teorías, busca la creación de una voz reconocible, personal, privada. No sé si es posible vivir así. Pero sí es posible intentar, al menos, escribir así. ■



¿POR QUÉ SE ESCRIBE?



SANGRE EN MADRID. EN TORNO A LOS ATENTADOS DEL 11-M GIRA LA TRAMA DE «EL CORRECTOR». ARRIBA, VÍDEO DE UNA CÁMARA DE SEGURIDAD DE LA ESTACIÓN DE ATOCHA QUE MUESTRA EL MOMENTO DE LA EXPLOSIÓN DE UNA DE LAS BOMBAS

EL CORRECTOR RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN SEIX BARRAL. BARCELONA. 2009 143 PÁGINAS, 17,50 EUROS

JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS He elegido un famoso título de Sartre, recordado críticamente por Roland Barthes en 1970 desde la revista *Poétique*, para vindicar un concepto: para el autor de *Mitologías*, escribir es un verbo intransitivo. La última novela de Ricardo Menéndez Salmón sitúa en el centro de su sentido esta cuestión de los límites de aquello que llamamos literatura, novela, escritura. Ser intransitivo es una forma de decir que la literatura es aquello que no puede decirse de otra manera: una forma artística nos vincula a ella por estar más allá de lo que cuente, ser superior a la anécdota que la hace nacer, haber sido capaz de construir en ella unas frases reconocibles y que tocan el

corazón o la cabeza de quien ha de leerlas quinientos años después de escritas.

Aunque sin nombrarlo, en la página 23 de su novela, Menéndez Salmón se refiere al gran Montaigne, quien en su castillo, entre cálculos renales, dialogaba con los otros escritores y no dejaba que el diálogo se viera empujado por casi nada. Los cálculos renales del gran señor de la Montaña (así le llamaba Quevedo) son tan anecdóticos como importante fue su incomodidad y, sin embargo, muy poco de *los Essais* se ve aquejado por ellos (sí su diario de viaje a Italia, por cierto).

DÍALOGO EMPAÑADO. Digo lo anterior porque en *El corrector* Ricardo Menéndez Salmón ha dejado que el diálogo que la novela emprende consigo misma y con otros escritores (están Camus, Thomas Bernhard, Virgilio y Platón, y la obra se inicia con *Los demonios*, de Dostoievsky), ese diálogo que en pintura ha hecho

El domingo es la vida entera

LOS DOMINGOS DE JEAN DÉZERT
JEAN DE LA VILLE DE MIRMONT
 PREFACIO DE FRANÇOIS MAURIAC
 TRADUCCIÓN DE LLUÍS MARIA TUDÓ
 IMPEDIMENTA. MADRID, 2009
 128 PÁGINAS, 15,30 EUROS

ANTONIO FONTANA

Jean de La Ville de Mirmont nace el 2 de diciembre de 1886 en Burdeos. A los veintidós años se instala en París para preparar unas oposiciones. Aunque la poesía le ocupa más horas que el Derecho, consigue un puesto en la Prefectura del Sena. «En el fondo —recuerda François Mauriac, amigo de la infancia con quien se reencuentra en la capital—, él no creía en su destino de burócrata.» Quizá esperaba la gloria. Mientras la gloria llega o no llega, Jean escribe y reescribe. «Estos días he construido bastantes versos, [...] para destruirlos inmediatamente.» Al parecer, no tiene prisa.

En 1914 estalla la Primera Guerra Mundial. Movilizado con el grado de sargento, sirve en el 57 Regimiento de Infantería. El 28 de noviembre de ese mismo año es sepultado por la explosión de un obús en el frente de Verneuil. Así se lo contaron a su madre y así lo cuenta ella: «Sorprendido en actitud de combate, agachado, con la cabeza levantada y el arma hacia adelante, a punto de saltar, la enorme masa de tierra lo ha aplastado». Aun respira, pero por poco tiempo. Meses antes de alistarse había publicado *Los domingos de Jean Dézert*.

En el Ministerio de Estimulo al Bien, Dirección de Material, trabaja el protagonista, Jean Dézert, un funcionario a quien nadie distinguía entre la multitud. Su labor consiste en rellenar impresos y soportar la monotonía y, de cuando en cuando, la lluvia: «Ha empezado la lluvia, lluvia de otoño, sin remisión, definitiva. Llueve en todas partes, en París, en las afueras, en las provincias. Llueve en las calles y en las plazas, sobre los simones y sobre los transeúntes, sobre el Sena, que no lo necesita. Unos trenes salen de las estaciones silbando; otros los substituyen. Hay gente que se va, gente que vuelve, gente que nace y gente que muere. El número de almas seguirá siendo el mismo. Y llegó la hora del aperitivo».

Esta existencia discreta y gris se transforma cada domingo. Ese día Jean pone en práctica los consejos de los prospectos y hojas gratuitas que durante la semana le van ofreciendo: baños calientes con masaje, restaurantes vegetarianos y anticohólicos... Será un domingo cuando conozca a Elvire. Roto el compromiso, querrá suicidarse; también en domingo. «A fin de no faltar a la oficina».

«Vamos a llamar a ese joven Jean Dézert», decide Jean de La Ville de Mirmont en la primera página. Lo sepa o no, acaba de rebautizar a Bartleby. ■



LA MONÓTONA EXISTENCIA

DE UN
 FUNCIONARIO
 GRIS,
 DESCENDIENTE
 DIRECTO DE
 BARTLEBY EL
 ESCRIBIENTE, SE
 TRANSFORMA
 AL LLEGAR EL
 SEPTIMO DÍA DE LA
 SEMANA

de Menéndez Salmón paga el peaje de que el tema abordado obtuviera interlocutores y situaciones ubicables en muy distinto nivel, no ya del que merecen sus lectores, sino de lo que se merece él, uno de nuestros mejores escritores jóvenes. Y menos como cierre de una trilogía en cuyo centro ha situado un gran problema: decir el horror, el dolor, el límite. Platón inició un problema de representación, que el propio autor de esta novela continúa en su glosa a Spinoza y que, por fijarnos tan sólo en los últimos cien años, engloba también a Simone Weil, Primo Levi o Coetzee.

CAMINO DE IMPLICACIÓN. Es el momento de entrar en la que me parece la poética del autor, que no es otra que la que asalta a quien concibe la escritura como una ética y se pregunta por la fiabilidad del medio. Es una suerte que tengamos escritores jóvenes como Menéndez Salmón, que se atreven a tanto, y que arranquen páginas excelentes sobre el sentido de escribir el sinsentido. Las autorreferencias con leve trueque a sus propias novelas anteriores y los álgos que son Robayna y Vlad, plantean que Ricardo Menéndez Salmón se encuentra decidido a que su literatura sea un camino de implicación propia mucho más que estética. Ignoro si las que me parecen las mejores páginas, las amorosas de la última parte de la novela, y la tabla de salvación que plantean, son o no suficientes, y poco importa literariamente que lo sean en la vida; en la novela sí parece que proporcionan una salida al laberinto, y el lector las celebra, por lo bien escritas que están, y porque remontan el vuelo que aquellas otras partes circunstanciales de las mentiras del 11-M que habían aplomado la trama anteriormente.

Pocos hay más convencidos de que quien esto escribe de que Ricardo Menéndez Salmón es un novelista que ha de darnos una obra importante. Se ve en lo que le importa, en lo que ha leído, en lo que reflexiona. Y también en que ha llegado a donde todo buen escritor llega alguna vez: a preguntarse por el sentido de aquello que hace. La respuesta puede que sea escuchar al lector, a los otros escritores, y atender a aquello que Montaigne hizo con los cálculos renales en sus *Essais*: distancia. La intransitividad que tan mal le interpretaron a ese Barthes de 1970, cuando estaba diciendo que la grandeza (y servidumbre) de la literatura está en que lo dice todo sin decirlo. ■

aparecer Rothko o en cine Godard, se ha visto empañado por la irrupción en él del señor Ángel Acebes, el señor Aznar López, Arnaldo Otegi o George W. Bush, cada uno con sus características físicas. Es como si en una conversación interesante, el anfitrión de la velada, que nos ha traído contortulios de calado como aquellos escritores y artistas citados, de repente nos hiciera fijarnos en lo que ha dicho o dejado de decir este o aquel otro efímero político que dentro tan sólo de quince años será (en lo que a literatura se refiere, ya lo es) una nota a pie de página inútil a los efectos de lo que en esa conversación estaban hablando los contortulios.

DE PLATÓN A COETZEE. El horror, el dolor mismo, la mentira deben ser intransitivos cuando son escritura literaria y entran en una obra de ficción. Otra cosa es el artículo, la declaración, la denuncia o la opinión. Y considero que esta novela

MENÉNDEZ SALMÓN ES UN NOVELISTA QUE HA DE DARNOS UNA OBRA IMPORTANTE. AQUÍ CIERRA SU TRILOGÍA SOBRE EL HORROR INICIADA CON «LA OFENSA» Y «DERRUMBE»

SIRI HUSTVEDT
Elegía para un americano
 Será uno de los libros del año
 (Robert Saladrugas)

AMÉLIE NOTHOMB
Ni de Eva ni de Adán
 Por la autora de *Estunar y temblar*
 y *El tabaco amoroso*

ANAGRAMA
 40 AÑOS 1969-2009

11

